

piel y la fragancia de las mujeres, los atardeceres y los mediodías, si todo esto y otras muchas cosas tienen calidad frutal, ¿no cabría decir que el mundo entero es para este refinado Miró—con todos los sentidos alerta—algo así como una inmensa fruta, que es grato contemplar, acariciar o morder?

De una que era vieja y gastada imagen poética, Miró ha extraído toda una bellísima teoría de imágenes. Ese espeso cristal, al que antes aludí, que impide a Miró interesarse verdaderamente por los hombres y sus pasiones, ese cristal fragante parece tener mucho de fruta. Y es que el mundo se resume, a veces, en la tentación de cualquier carnal fruto, tras el que tantas cosas—desde un paisaje a una mujer—pueden latir para el hambriento de sensualidad.

Pues, en Miró, lo sensual parece siempre desembocar en franca entrega al pecado o en ansias de castidad o de infinitud, como las que a don Magín transpasan frente a la húmeda carnalidad de las magnolias.

MIRO Y EL LENGUAJE

Existe, por tanto, un doble proceso que va de la espiritualización de lo incorpóreo, a la corporeización de lo inmaterial. Para Miró, un olor, una sensación táctil pueden ser escalón de infinitud y de espiritualidad. Pero, a la vez, algo tan incorpóreo como ese mismo olor puede adquirir contornos de cosa sólida y palpable. Pueden nacer ojos en los dedos, palpadores de horizontes lejanos, de cielos y de nubes. Y lo que ni los dedos—los de verdad o los visuales—pueden apresar, parece poder ser conquistado por el olfato. Véase este significativo pasaje de *Años y leguas*, en donde se reúnen dos temas típicamente mironianos: lo olfativo y lo frutal.

Sigüenza ha tocado los frutales, las mieses, las calabaceras, la vida de la heredad para recoger en sus dedos, fuera de las plantas, incorporado a su carne, el olor vegetal. Posesión por el olfato de lo que no puede pertenecerle siendo naturaleza (Pág. 998).

